

El juego lúgubre

PACO ROCA

ASTIBERRI

Cierto día, curiosoando en una tienda de antigüedades, descubrí, entre un montón de libros apilados en las estanterías de un viejo mueble, un extraño y macabro facsímil. Su título era *El juego lúgubre*. Al principio me llamó la atención por tener el mismo nombre que un famoso cuadro del pintor surrealista catalán Salvador Deseo. Lo ojeé con interés y casi acabé de leerlo allí mismo. Era una historia increíble en donde su autor, un tal Jonás Arquero, contaba su siniestra vivencia en el pueblo de Cadaqués durante su labor como secretario para Salvador Deseo.

En este cómic he intentado plasmar lo más fielmente posible el libro de Jonás Arquero. Sólo me he permitido cambiar el verdadero nombre del pintor catalán por el de Salvador Deseo.

La historia se desarrolla en el verano de 1936, pocos días antes de que en España los generales Franco, Mola y Queipo de Llano se alzasen contra el gobierno de la República.

En Europa las cosas no estaban mucho mejor. Las democracias escondían la cabeza ante los gobiernos fascistas cada vez más poderosos de Hitler, Mussolini y Stalin.

En esta época, Salvador Deseo se muestra en su etapa artística más fértil, creando imágenes sin precedentes en la Historia del Arte. Sin embargo, la pintura sólo fue una minúscula parte de su genial intelecto.

Creó un personaje excéntrico y contradictorio; paranoicamente loco, pero inteligentemente crítico a la vez. Y siempre éticamente incorrecto. Un personaje quijotesco tras el que ocultar su timidez y así poder atacar con desnuda crueldad a todo aquello que se oponía a sus caprichos. Humilló a su padre provocando con su exhibicionismo libertino a la sociedad de su tiempo. Atacó ferozmente a las vanguardias artísticas y, para desconsuelo de sus compañeros los surrealistas, ridiculizó la figura de Lenin exaltando el sublime erotismo de las nalgas de Hitler.

Dio sin contemplaciones puntapiés y codazos para poder sentarse en su trono de oro en lo alto del mundo y desde allí reinar junto a su amada Galatea.

La mayor parte de su vida la pasó en Cadaqués (Girona), el tranquilo pueblo de verano de su infancia. En ningún lugar se sintió como en su tierra natal: la luz del Mediterráneo en los cálidos días de verano, las noches templadas de luna, las barcas volviendo de pesca... Le maravillaba el contraste de la dureza de las piedras de su costa con el agua blanda y tranquila de la playa de Port Lligat. El lugar en donde, decía Deseo, las montañas de los Pirineos penetraban en una orgásmica cascada al mar.

Deseo siempre necesitó el Cap de Creus como fondo para sus cuadros. Según nos cuenta Jonás en su libro, también necesitó de sus gentes para darles forma a sus más siniestros sueños.

